

SUGEL MICHELÉN

EL
CUERPO
— DE —
CRISTO

¿POR QUÉ DEBO
SER UN MIEMBRO
DE LA IGLESIA LOCAL?

B&H
ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

A los miembros de Iglesia Bíblica del Señor Jesucristo, que con tanta avidez reciben el ministerio de la Palabra. Es un gozo y un privilegio pastorear una congregación que a través de toda su historia ha manifestado un creciente aprecio por el evangelio de la gloria de Cristo y sus implicaciones. Dios me es testigo de cómo los amo en el entrañable amor de nuestro Señor y Salvador.

El cuerpo de Cristo: ¿Por qué debo ser un miembro de la iglesia local?

Copyright © 2019 por Sugel Michelén

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group

Nashville, TN37234

Clasificación Decimal Dewey: 230

Clasifíquese: CRISTIANISMO/IGLESIAS

Diseña de portada por Micah Kandros

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada, bien sea de manera electrónica o mecánica, incluyendo fotocopias, grabaciones, digitalización o archivo de imágenes electrónicas, excepto cuando sean autorizados por la editorial. Las solicitudes de permisos para realizar reproducciones o copias deben hacerse por escrito y enviarse a: B&H Publishing Group, One LifeWay Plaza, Nashville, TN 37234-0196.

Toda dirección de Internet contenida en este libro se ofrece solo como un recurso. No intentan condonar ni implican un respaldo por parte de B&H Publishing Group. Además, B&H no respalda el contenido de estos sitios.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión *Reina-Valera 1960*® © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. *Reina-Valera 1960*® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

ISBN: 978-1-5359-6825-6

Impreso en EE. UU.

1 2 3 4 5 * 22 21 20 19

Índice de contenidos

Prefacio: Un lugar solemne y dulce	9
Introducción	13
Capítulo 1: La iglesia: ayuda idónea del segundo Adán (Ef. 5:25-32)	17
Capítulo 2: Miembros del cuerpo de Cristo (1 Cor. 12:12-27)	33
Capítulo 3: ¿Qué hace que una iglesia sea una iglesia? (Mat. 18:20)	47
Capítulo 4: La obra misionera de Cristo a través de la iglesia (Mat. 28:18-20)	63
Capítulo 5: Haced discípulos [...] bautizándolos (Mat. 28:18-20)	77
Capítulo 6: Autoridad y cuidado pastoral en la iglesia (Heb. 13:7, 17 y 24)	89
Capítulo 7: Unidad, diversidad y crecimiento (Ef. 4:1-16)	105
Capítulo 8: Amor y disciplina en la iglesia (Mat. 18:15-20)	117
Capítulo 9: La gloria de Cristo en Su iglesia (Ef. 3:20-21)	131
Capítulo 10: La realidad de la iglesia en este mundo caído	147

Prefacio

Un lugar solemne y dulce

¡Cuán solemne y dulce aquel lugar donde mora el Señor!
Allí de sus manjares Él despliega lo mejor.

¡Banquete rico! El corazón, admirando, clama así:
«¿Por qué, Señor? ¿Por qué será que me invitaste a mí?».

«¿Por qué me hiciste oír tu voz, y entrar a tu bondad?
Pues miles de hambre mueren ya rehusando tu verdad».

Pues el mismo amor que el manjar sirvió,
Dulcemente a entrar me llevó;
Si no, en mi pecado aún habría estado yo.

Sobre las naciones, ¡piedad, Señor! constríñelas a llegar;
Envía tu Palabra allí y tráelas al hogar.

Tus iglesias llenas nos urge ver, para que, con un corazón,
La raza escogida de tu gracia eleve el son. Amén.¹

Cuando Dios obra por Su Espíritu para salvación, por medio del evangelio, Él nos llama a tener comunión tanto con Su Hijo Jesucristo (1 Cor. 1:9), como con Su pueblo (Hech. 2:41, 47; 1 Cor. 10:16-17; 12:27). La comunión con Jesús y la comunión con la iglesia están íntimamente relacionadas en el Nuevo Testamento.

1. Tomado de Himmario Bautista de la Gracia, Publicaciones Faro de Gracia, 2002.

Los creyentes somos piedras vivas con las cuales Dios está edificando un Templo espiritual para la gloria de Su Hijo (Ef. 2:19-22; 3:20-21; 1 Ped. 2:4-5). De manera que es un precioso y dulce privilegio congregarnos cada semana para tener comunión con los redimidos del Cordero, y ser alimentados por Cristo por medio de Su evangelio.

Es esa sorprendente realidad la que Isaac Watts (1674-1748) quiso plasmar en su himno titulado: *How sweet and awful is the place*, traducido al español como: «Cuán solemne y dulce es el lugar». Watts fue un teólogo y compositor, conocido como el padre de la himnodia inglesa. Compuso unos 750 himnos, muchos de los cuales han sido traducidos a diversos idiomas. Fue también un prolífico escritor de ensayos y obras educativas, tanto en el área de la teología como de la lógica. Poseía una mezcla inusual de sensibilidad poética y objetividad doctrinal, la cual se puede percibir en este himno. En forma poética, Watts expresa el sentimiento de asombro, gozo y gratitud que debería experimentar el creyente al ser invitado por Cristo mismo a venir al banquete de gracia servido cada semana en medio de Su pueblo.

En la primera estrofa, Watts nos invita a considerar algo que fácilmente podemos perder de vista al contemplar la iglesia congregada: debido a la presencia del Rey Jesús en medio nuestro (Mat. 18:20), estamos en un lugar asombroso y dulce a la vez. El Señor mora en Su iglesia (1 Tim. 3:15). Como lo expresa el himno en inglés,² Él está dentro de las puertas cuando nos congregamos en Su nombre, alimentando a los Suyos con el manjar de Su Palabra. Si contempláramos esa reunión con los ojos de la fe, exclamaríamos como Jacob:

2. Las primeras dos líneas del original en inglés, dicen: «*How sweet and awful is the place, With Christ within the doors*» [Cuán solemne y dulce es el lugar, con Cristo dentro de sus puertas].

«¡Cuán imponente es este lugar! Esto no es más que la casa de Dios, y esta es la puerta del cielo» (Gén. 28:17).

En las siguientes tres estrofas, Watts reacciona admirado y sorprendido por haber sido escogido para participar de ese banquete de gracia: «¿Por qué, Señor? ¿Por qué será que me invitaste a mí?». No fue por nuestra bondad, ni porque en Su omnisciencia Jesús sabía que íbamos a creer. Fue por el puro afecto de Su voluntad que fuimos invitados, y movidos eficazmente por el poder de Su Espíritu a responder a la invitación:³ «¿Por qué me hiciste oír tu voz, y entrar a tu bondad? Pues miles de hambre mueren ya rehusando tu verdad». Miles rehúsan venir, no porque no fueron invitados en el llamado general del evangelio, sino porque eligen continuar apartados de Dios y perdidos en sus pecados.⁴

Nosotros también seríamos parte de esa multitud, de no haber sido porque Aquel que sirvió el manjar, con cuerdas de amor nos atrajo hacia Él, para hacernos parte de Su pueblo y probar cada domingo de Su bendita gracia: «Pues el mismo amor que el manjar sirvió, dulcemente a entrar me llevó; si no, en mi pecado aún habría estado yo».

En la siguiente estrofa, Watts eleva una súplica por las naciones, pidiendo a Dios que envíe Su Palabra, para que muchos que andan errantes, muertos en sus delitos y pecados, sean traídos también a la casa del Padre: «Sobre las naciones, ¡piedad, Señor! constríñelas a llegar; envía tu Palabra allí y tráelas al hogar». Es mi deseo que ese evangelio, que es poder de Dios para salvación, sea enviado hasta lo último de la tierra, para que aquellos que hoy son «extranjeros y advenedizos» vengan a ser «conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Ef. 2:19).

3. Efesios 1:3-6; 1:18-20; Juan 6:44.

4. Juan 3:19-20; 5:40.

EL CUERPO DE CRISTO

El himno concluye expresando el anhelo de todo verdadero creyente: que a través de Sus iglesias, el Señor continúe llamando a Sus escogidos por medio de la proclamación del evangelio a todo pueblo, lengua, tribu y nación. Para que con una sola voz, un corazón y un alma, canten de la gracia redentora del Cordero:⁵ «Tus iglesias llenas nos urge ver, para que, con un corazón, la raza escogida de tu gracia eleve el son».

El anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios, es que al terminar este libro puedas experimentar el mismo asombro que Watts plasmó de una manera hermosa en este himno. El asombro de pertenecer por gracia a ese «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Ped. 2:9). Este es un himno antiguo, compuesto por Isaac Watts en 1707. Pero su mensaje es atemporal. La iglesia es y seguirá siendo un lugar solemne y dulce, con Cristo dentro de sus puertas, desplegando lo mejor de Sus manjares para aquellos que Él compró con Su bendita sangre. Hoy parece débil y pequeña. Pero sigue siendo a través de la iglesia que el Señor da a conocer Su infinita sabiduría «a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ef. 3:10-11).

5. *We long to see thy churches full, that all the chosen race may with one voice and heart and soul sing thy redeeming grace.*

Introducción

El libro que tienes en tus manos es acerca de la iglesia, pero no es un tratado de eclesiología. Hay muchas enseñanzas sobre la iglesia en la Escritura que solo serán tratadas de una forma superficial en esta obra. El tema de este libro es la imperiosa necesidad de que los creyentes en Cristo pasen a ser miembros de una iglesia local, con todas las implicaciones que conlleva esa membresía. Y debo adelantarme a decir que este tema tiene el potencial de llegar a ser explosivamente polémico en esta generación en la que nos ha tocado vivir y ministrar.

Alguien decía que los seres humanos vamos absorbiendo los rasgos predominantes de nuestra cultura, como el aire que respiramos. Y los cristianos no estamos exentos. De ahí la exhortación de Pablo en Romanos 12:2 a no dejarnos amoldar a este mundo, sino dejarnos transformar por medio de la renovación de nuestro entendimiento. Debemos resistir conscientemente que el mundo nos moldee a su manera. Por otra parte, esta es una generación marcadamente individualista. Eso quiere decir que la autoridad final reside en el individuo y en nadie más. Cada cual tiene derecho a decidir lo que está bien y lo que está mal, y es la realización del individuo lo que importa. De manera que todo lo que se perciba como una amenaza a lo que el individuo quiere y aspira debe ser rechazado.

Hay una percepción generalizada de que debemos ser guiados por nuestros sentimientos subjetivos, por los impulsos espontáneos del corazón, mientras rechazamos todo tipo de restricción externa. Las instituciones se perciben como un obstáculo para que el individuo pueda alcanzar su pleno desarrollo. Esta es una generación

absolutamente antiautoritaria. Es por eso que los héroes de hoy día son como el personaje ficticio de Jason Bourne, un asesino entrenado por la CIA, que ahora actúa por su cuenta y lo resuelve todo sin la ayuda de nadie. El individuo obra por sí solo y es gobernado únicamente por sus propias reglas.

Este individualismo, tan predominante en nuestra cultura, impacta negativamente la forma como percibimos la iglesia. Porque, aunque la iglesia no es primariamente una organización, sino un organismo, el Cuerpo vivo del Cristo vivo, se trata de un organismo que posee organización, estructura y autoridad. Y, sin embargo, como espero demostrar más adelante, es en el contexto de una membresía responsable, dentro de ese organismo estructurado, que los cristianos pueden crecer y desarrollarse espiritualmente para ser cada vez más semejantes a nuestro Señor Jesucristo.

Pero esta generación no solo es predominantemente individualista, sino también consumista. Las personas están más preocupadas por lo que pueden obtener de los demás, que por amar y servir sacrificialmente. En una iglesia consumista los miembros se congregan pasivamente cada domingo a recibir lo que se les ha preparado, en vez de asistir para ser equipados con el propósito de poder ministrar mejor a otros. Y cuando la iglesia no se adapta a sus preferencias personales, simplemente optan por congregarse en otro lugar.

Es impresionante cómo las personas cambian de iglesia el día de hoy, con la misma facilidad con la que cambian de supermercado cuando las ofertas de uno les parecen mejor que las del otro. Y, por supuesto, el individualismo y el consumismo traen como resultado una fobia al compromiso.

Cuando la felicidad y la realización del individuo vienen a ser lo más importante, la gente tiende a rechazar todo aquello que le imponga obligaciones. Somos una generación que quiere beneficios

Introducción

sin responsabilidades. Es por eso que tantas parejas deciden vivir en unión libre. «Yo te amo y no necesito un documento legal para probarlo; no estropeemos nuestro amor con la burocracia del matrimonio». Estas palabras pueden parecer sumamente románticas, pero lo que están diciendo en realidad es que estas personas no quieren atarse una a la otra de por vida y cerrarse a otras opciones. Lo triste es que hay muchas personas que profesan ser cristianas y que tienen esa misma actitud hacia la iglesia. «Yo amo a Jesús, pero no lo suficiente como para comprometerme con un grupo particular de cristianos y amarlos incondicionalmente». Y eso sin contar la enorme cantidad de personas que sí pertenecen a la membresía de una iglesia local, pero no parecen entender lo que eso realmente significa.

Las consecuencias de asumir esta perspectiva de la iglesia, tanto para el testimonio cristiano en el mundo, como para el proceso de santificación de los creyentes, son catastróficas, porque la iglesia no es un elemento incidental en la historia de la redención. Como espero demostrar en este libro, la iglesia no fue el plan B de Dios cuando los judíos rechazaron al Mesías y lo clavaron a una cruz. ¡La iglesia siempre fue el plan A! Así que, si profesas ser cristiano, espero convencerte de que debes procurar unirse a una iglesia local si aún no lo has hecho. Si ya eres miembro, espero que este libro te ayude a ver las implicaciones de tu membresía, y a asumir con entusiasmo y expectativa el compromiso que hiciste al venir a formar parte de una comunidad de pecadores redimidos no glorificados. Es en esta interacción unos con otros donde los creyentes somos gradualmente transformados a la imagen de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.

1

La iglesia: ayuda idónea del segundo Adán

«Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado por el lavamiento del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia en toda su gloria, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa e inmaculada. Así también deben amar los maridos a sus mujeres, como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, así como también Cristo a la iglesia; porque somos miembros de su cuerpo. Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia».

Efesios 5:25-32

Todo el que haya tenido algún contacto con la Biblia sabe que la misma está dividida en dos grandes porciones: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Si la lee y estudia con cuidado se dará

cuenta de que el eje central de ambos Testamentos es el Señor Jesucristo. Mientras el Antiguo Testamento nos prepara para Su venida, en el Nuevo vemos el cumplimiento de las cosas que se anuncian sobre Él en el Antiguo. Es por eso que no podemos entender correctamente el Antiguo Testamento a menos que lo veamos con los ojos del Nuevo. Así como tampoco podemos entender plenamente el Nuevo Testamento a menos que lo interpretemos sobre la base del Antiguo.

Imagina a dos hermanos que están peleando porque ambos quieren leer una novela de misterio de Agatha Christie de unas 400 páginas. Cuando el papá se da cuenta de lo que está sucediendo, decide aplicar la sabiduría de Salomón y parte el libro por la mitad. Las primeras 200 páginas se las da al hermano mayor y el resto del libro al hermano menor. ¿Resolvió satisfactoriamente el problema? Por supuesto que no, porque ahora ninguno de los dos podrá entender la novela cabalmente. Y lo mismo sucede con la Biblia. Nadie podrá captar su mensaje completo si lee únicamente a partir del Evangelio de Mateo, y deja de lado toda la sección que va desde Génesis hasta Malaquías.

Lamentablemente, muchos ven el Antiguo Testamento como el «desafortunado prefacio» de la parte de la Biblia que realmente importa.¹ Y eso afecta su entendimiento de todas las grandes doctrinas de la Escritura, incluyendo la doctrina de la iglesia. Es imposible entender la naturaleza de la iglesia y el lugar que ocupa en el plan redentor de Dios, a menos que comencemos en el libro de Génesis, porque es allí donde comienza la gran historia de redención que se revela en toda la Biblia. Eso es lo que estaremos haciendo en este capítulo. Espero mostrarte que los primeros tres capítulos del Génesis son indispensables para entender la obra de Cristo, así como la naturaleza

1. Richter, Sandra L., *The Epic of Eden*, (Downers Grove: InterVarsity Press, 2010), 16.

y función de la iglesia. Aunque la palabra «iglesia» no aparece en esos capítulos, es allí donde comienza la historia en la cual la iglesia será un elemento esencial. Comencemos, entonces, desde el principio, mientras te pido que leas con paciencia la historia del primero y segundo Adán. Tengo la esperanza de que este viaje hacia el origen de la historia bíblica te ayude a comprender mejor la membresía de la iglesia local y su importancia.

El primer Adán

En la historia bíblica hay ciertos personajes, eventos e instituciones que prefiguran a otros que vendrían después. Esto se conoce como un tipo, un elemento más antiguo que prefigura o anticipa a uno posterior que lo completa o complementa.² Es en ese sentido que Pablo nos indica en Romanos 5:14 que Adán es un tipo o figura de Cristo. Adán es un personaje histórico real, que al mismo tiempo prefigura a Cristo. Es por eso que Pablo se refiere a Cristo, en 1 Corintios, como el postrer Adán (1 Corintios 15:45). De igual forma, en el texto de Efesios 5 que encabeza este capítulo, Pablo nos expresa que la relación matrimonial entre Adán y Eva prefiguraba la relación de Cristo con la iglesia. Si no leemos los tres primeros capítulos del Génesis con esto en mente, vamos a tener un entendimiento defectuoso del lugar que ocupa la iglesia en el plan redentor de Dios. Es como leer un libro sin la primera mitad. Vamos a perder de vista elementos que son esenciales para la correcta interpretación de la Escritura.

2. Goldsworthy, Graeme, *Cómo predicar de Cristo usando toda la Biblia*, (Medellín: Torrentes de Vida, 2017), 115.

Comencemos, entonces, desde el principio, en el momento en que Dios crea al hombre, al sexto día de la primera semana de la historia.

«Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra». (Gén. 1:26-28)

Luego de haber creado todo lo que existe en los primeros cinco días de la creación, Dios creó al hombre y a la mujer a Su imagen y semejanza. Esa imagen de Dios en el hombre incluye las facultades mentales y espirituales que el hombre posee, así como su capacidad de ejercer dominio sobre todo lo creado, su capacidad de relacionarse con Dios, y sus capacidades creativas.

Un elemento que debemos resaltar en Génesis 1 es que Dios aparece hablando en plural: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*». Por el resto de la Escritura sabemos que existe un solo Dios, el cual subsiste en tres Personas en perfecta comunión y armonía: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Tres personas, pero un solo Dios. Y nuestro texto nos enseña que ese Dios creó a los seres humanos, varones y hembras, para que disfrutaran entre ellos esa misma comunión y armonía que ha existido siempre en las tres Personas de la Trinidad. Dios creó al hombre para vivir en comunidad.

El texto nos enseña también, en el versículo 28, que Adán y Eva tenían una tarea que cumplir: debían propagar la especie humana para

llenar la tierra de seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios. Así que la primera encomienda que Adán y Eva recibieron de parte de Dios como pareja era llenar la tierra de imágenes vivientes de Dios.

Como hemos dicho ya, Dios también les ordenó ejercer dominio sobre todo lo creado, funcionando como corregentes de la creación bajo la autoridad de Dios. De manera que desde el principio Dios le concedió al hombre el oficio de rey, aunque obviamente subordinado a la máxima autoridad de Dios.

En el capítulo 2 de Génesis, Moisés nos narra por segunda ocasión la historia de la creación del hombre y la mujer, pero añadiendo un poco más de detalle. Es como si Moisés hiciera un acercamiento para que contemplemos con mayor amplitud esa escena en particular. Y allí aprendemos que Adán fue creado primero que Eva, del polvo de la tierra, y que Dios lo colocó en el huerto del Edén, donde le dio un mandato positivo y uno negativo:

«Entonces el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto del Edén, para que lo cultivara y lo cuidara. Y ordenó el Señor Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás». (Gén. 2:15-17)

El hombre debía cultivar y proteger el huerto. Esas eran sus dos tareas primarias. Pero Dios también le ordenó abstenerse de comer de uno de los árboles del huerto, el árbol de la ciencia del bien y del mal, como un recordatorio de que él no tenía autoridad para definir lo bueno y lo malo. El hombre disfrutaba de plena libertad en el huerto, pero dentro de los límites impuestos por Dios.

Más adelante Dios crea a Eva de una costilla de Adán para ser su ayuda idónea. Adán no podía llevar a cabo la tarea que Dios le había encomendado sin tener a su lado una ayuda como Eva.

Debemos notar también que el Edén era mucho más que un huerto, era un santuario. Génesis 3:8 afirma que Dios se paseaba por el huerto «al aire del día». Pero dado que Adán y Eva ya habían pecado en ese punto de la historia, el texto señala que se escondieron de la presencia del Señor. De manera que Dios manifestaba Su presencia especial en el Jardín del Edén, de forma similar a como habría de suceder más adelante en el tabernáculo y el templo, los dos santuarios de Dios en el A.T. Es por eso que tanto el tabernáculo como el templo nos recuerdan en su diseño al Jardín del Edén por las figuras en forma de árboles que Dios ordenó incluir en su diseño (comp. Ex. 25:31-35; 1 Rey. 6:18, 29, 32, 35; Ezeq. 40:16, 26, 31, 34, 37; 41:18, 25). Dios quería que, al ver el tabernáculo y el templo, Su pueblo recordara el huerto del Edén. Y es por esa misma razón que en los capítulos finales del libro de Apocalipsis, cuando se describe la morada final de los creyentes en la presencia de Dios, se incluyen varios de los elementos que encontramos en Edén. Entre ellos, el árbol de la vida y el río que se encontraba en medio del huerto (Apoc. 22:1-2).

En resumen, Dios les encomendó a Adán y Eva la tarea de llenar la tierra de seres humanos creados a Su imagen. Estos habrían de ejercer dominio sobre toda la creación, mientras extendían el santuario del Edén hasta cubrir todo el planeta. De esa manera, toda la tierra sería llena de la gloria de Dios.

Lamentablemente, Adán no protegió el huerto como Dios lo ordenó, dejando que la serpiente introdujera una nueva interpretación de la realidad, contraria a la Palabra de Dios. Y lo que es peor aún, ellos decidieron creer la mentira de la serpiente de que al

rebelarse contra la autoridad de Dios vendrían a ser como Él. «Dios les ha mentido. Si comen del árbol prohibido, en vez de morir, seréis como Él», le expresa la serpiente a Eva, en Génesis 3:5.

De haber permanecido en obediencia, debemos suponer que Adán y Eva habrían sido confirmados en santidad y habrían disfrutado de la vida eterna en la presencia de Dios. Pero ellos decidieron rebelarse contra Él. Y tal como Dios había advertido, en Génesis 2:17, junto con el pecado entró la muerte en el mundo. Adán y Eva murieron espiritualmente en ese mismo instante. Esto es, perdieron la comunión que antes disfrutaban con Dios, y la imagen de Dios en ellos quedó desfigurada. Sus cuerpos también comenzaron a experimentar ese proceso de decaimiento que termina en la muerte física. Y ambos fueron expulsados del Jardín del Edén. Leemos en Génesis 2:24 que Dios puso querubines y una espada encendida para guardar la entrada del huerto.

Ningún ser inmundo puede tener acceso al santuario de Dios. Pero gracias al Señor que la historia bíblica no termina en Génesis 3. Antes de expulsar al hombre del paraíso, Dios hizo una promesa: Él habría de enviar a un Hombre, nacido de mujer, que aplastaría la cabeza de la serpiente, aunque Él sería herido en el calcañar (Gén. 3:15). En cierto modo podemos decir que todo lo que la Biblia enseña a partir de este momento, no es más que el desarrollo de esa promesa.

La misión que se les había encomendado a Adán y Eva de llenar la tierra de seres humanos creados a la imagen de Dios, y de ejercer dominio sobre la creación mientras extendían el santuario del Edén, no quedaría inconclusa. Dios levantaría un Hombre, el segundo Adán, que habría de salir victorioso donde el primer Adán fracasó miserablemente. De esta manera, la imagen de Dios en nosotros sería restaurada y el hombre disfrutaría de nuevo de la comunión con Dios en un paraíso mil veces más glorioso que el primero. Esa es la gran historia de redención que se revela en la Biblia. Más adelante, leemos que Dios

EL CUERPO DE CRISTO

escogió a un hombre llamado Abraham para hacer de Él una gran nación, tan numerosa como las estrellas del cielo y la arena del mar. Y a través de su descendencia todas las familias de la tierra serían benditas.

«Y el Señor dijo a Abram: Vete de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y al que te maldiga, maldeciré. Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra». (Gén. 12:1-3)

«Lo llevó fuera, y le dijo: Ahora mira al cielo y cuenta las estrellas, si te es posible contarlas. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y Abram creyó en el Señor, y Él se lo reconoció por justicia». (Gén. 15:5-6)

«Cuando Abram tenía noventa y nueve años, el Señor se le apareció, y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí, y sé perfecto. Y yo estableceré mi pacto contigo, y te multiplicaré en gran manera. Entonces Abram se postró sobre su rostro y Dios habló con él, diciendo: En cuanto a mí, he aquí, mi pacto es contigo, y serás padre de multitud de naciones. Y no serás llamado más Abram; sino que tu nombre será Abraham; porque yo te haré padre de multitud de naciones». (Gén. 17:1-5)

¿Te das cuenta? Lo que Dios había dicho a Adán en forma de mandato, que debía multiplicarse y llenar la tierra con sus descendientes, ahora se lo expresa a Abraham en forma de promesa. Es Dios el que promete hacer de Abraham una gran nación y padre de multitud de

naciones; y es Dios el que promete también bendecir toda la tierra a través de Abraham y de su descendencia. De manera que la nación de Israel, la cual surge de Abraham, no existía para sí misma, sino para extender el conocimiento de Dios a través de las naciones. Pero eso solo sería posible si se mantenían fieles al pacto que Dios hizo con ellos cuando los rescató de la esclavitud en Egipto.

«Ahora pues, si en verdad escucháis mi voz y guardáis mi pacto, seréis mi especial tesoro entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; y vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel». (Ex. 19:5-6)

La función de los sacerdotes es mediar entre Dios y los hombres. Y la nación de Israel fue constituida por Dios como un reino de sacerdotes. Se suponía que ella fuera una especie de intermediaria entre Dios y el resto de humanidad, para esparcir por toda la tierra el conocimiento y la adoración del Dios vivo y verdadero. Con ese propósito, Dios los colocó en la tierra de Canaán, el paso obligado del norte al sur. Todas las naciones tendrían que pasar por Israel y ver allí lo que Dios había hecho con esa nación.

Pero al igual que Adán en el paraíso, Israel fracasó en la misión que Dios le había encomendado. Ellos tampoco permanecieron fieles al pacto y fueron expulsados de su tierra. Era evidente que la solución del problema que surgió en el Edén no estaba en manos del hombre, sino en las manos de aquel Salvador que fue prometido a nuestros primeros padres en la caída.

El segundo Adán

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, se nos enseña explícitamente que el Señor Jesucristo es la simiente de la mujer; el hijo de Adán que fue prometido en el huerto del Edén (Luc. 3:23-28). Él es también el descendiente de Abraham por medio del cual serían benditas todas las familias de la tierra (Mat. 1:1; Gál. 3:16).

El Hijo de Dios se encarnó para poder enfrentar como hombre la misma prueba que Adán enfrentó en el huerto y salir victorioso. Es por eso que, inmediatamente después de Su bautismo, Jesús fue impulsado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Fue como un hijo de Adán que Jesús enfrentó a Satanás en el monte de la tentación. Y el contraste entre este evento histórico y la tentación en Edén en Génesis 3 no podía ser más marcado.

Adán estaba en el paraíso, con todas sus necesidades cubiertas, y aun así pecó. Jesús estaba en un desierto inhóspito y hostil (rodeado de fieras, enseña en Mar. 1:13), y llevaba 40 días sin comer, pero aun así no pecó. Adán era un hombre creado a imagen de Dios, que cedió a la tentación de querer ser como Dios. Jesús, en cambio, siendo Dios se hizo hombre. Como hombre, y en obediencia al Padre, asumió nuestra culpa, muriendo en nuestro lugar para devolvernos el paraíso que Adán perdió por su desobediencia. Jesús tuvo que ser traspasado por aquella espada encendida que Dios colocó en la entrada del huerto, para que las puertas del paraíso pudieran abrirse otra vez y nuestra comunión con Dios pudiera ser restaurada.

«Por una transgresión resultó la condenación de todos los hombres, pero así también por un acto de justicia resultó la justificación de vida para todos los hombres. Porque, así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron

La iglesia: ayuda idónea del segundo Adán

constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos». (Romanos 5:18-19)

Cristo restauró nuestra comunión con Dios al pagar por nuestros pecados en la cruz. Al mismo tiempo inicia en nosotros un proceso de transformación progresiva para restaurar en nosotros la imagen de Dios que quedó distorsionada por causa del pecado de Adán. Pablo expresa en 1 Corintios 15:49 que, así como trajimos de fábrica la imagen terrenal del primer Adán, así también los creyentes traeremos la imagen celestial del segundo Adán. En la segunda venida de Cristo, este cuerpo en estado de humillación será transformado en conformidad al cuerpo de Su gloria como enseña Pablo en Filipenses 3:21. Pero ese proceso que culminará en nuestra glorificación comienza aquí y ahora mientras los creyentes contemplan la gloria de Cristo revelada en el evangelio (2 Cor. 3:18; 4:3-6; Col. 3:9-11).

De manera que, la tarea que Adán y Eva no pudieron llevar a cabo, llenar la tierra de seres humanos creados a imagen de Dios, Cristo la está llevando a cabo ahora a través del evangelio. Y nada ni nadie podrá impedir que Él termine Su obra, por medio de Su victoria en la cruz como el segundo Adán. Nuestro Señor Jesucristo posee el dominio absoluto sobre la creación; ese dominio que el primer Adán pudo haber ejercido si hubiera permanecido en obediencia.

Cristo resucitó al tercer día, ascendió a los cielos y está reinando a la diestra de Dios, hasta que haya puesto a todos Sus enemigos por estrado de Sus pies (1 Cor. 15:25). Es esa realidad la que sirve de trasfondo a la declaración de Jesús en la Gran Comisión: «Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»

(Mat. 28:18-20). Como el eterno Hijo de Dios, Él siempre ha tenido toda autoridad en el cielo y en la tierra. Pero Jesús está hablando aquí como el segundo Adán, quien a diferencia del primero, obtuvo como hombre una victoria aplastante sobre los poderes del mal, y ahora está sentado a la diestra de la majestad en las alturas (Heb. 1:3).

Ahora, puede ser que te estés preguntando, ¿y qué tiene que ver todo esto con la iglesia y su membresía?

La ayuda idónea del segundo Adán

A la luz de lo que hemos visto hasta aquí, ahora podemos ver con otros ojos el pasaje de Efesios 5 que encabeza este capítulo. La iglesia es la ayuda idónea del segundo Adán, la esposa del Cordero. Eso nos muestra algo del valor de la iglesia a los ojos de Dios, y de la tarea que la iglesia está llamada a hacer. Imagina cómo reaccionarías si alguien te dijera: «Contigo iría hasta el fin del mundo, pero para ser franco no soporto a tu esposa». Si eres casado y amas verdaderamente a tu esposa, supongo que no lo verías como un halago, sino como insulto.

Tristemente eso es lo que muchos hoy día parecen decir a Jesús, por la actitud que tienen hacia la iglesia: «Te amo, Señor, pero tu esposa me resulta insoportable». Fue esa esposa la que el Padre escogió para Su Hijo, para que sea Su cuerpo, unida inseparablemente a Él como el esposo con la esposa. Y fue por amor a ella que Cristo se entregó a sí mismo para santificarla. Ese es el argumento de Pablo en Efesios 5. El hombre y la mujer vienen a ser uno a través del vínculo matrimonial. A tal grado que Pablo indica a los maridos, en el versículo 28, que deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. «El que ama a su mujer, a sí mismo se ama». Pero observa lo que sigue diciendo a partir del versículo 29:

La iglesia: ayuda idónea del segundo Adán

«Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, así como también Cristo a la iglesia; porque somos miembros de su cuerpo. POR ESTO EL HOMBRE DEJARÁ A SU PADRE Y A SU MADRE, Y SE UNIRÁ A SU MUJER, Y LOS DOS SERÁN UNA SOLA CARNE. Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia».

Nosotros somos uno con Cristo, y es a través de nosotros que Él está haciendo Su obra en el mundo. Dios le dio una ayuda idónea al primer Adán para llenar la tierra de «imágenes vivientes de Dios» a través de la procreación. De igual manera proveyó una ayuda idónea al segundo Adán, Cristo, para llevar a cabo esa misma tarea por medio de la regeneración. A través de la regeneración Dios nos imparte nueva vida espiritual de modo que podamos responder al evangelio en arrepentimiento y fe.

Es por medio de la iglesia que el Espíritu de Dios engendra hijos espirituales a través de la proclamación del evangelio (1 Cor. 4:15). La iglesia es la ayuda idónea del Cordero, a través de la cual Él está extendiendo Sus dominios en el mundo. No por medio de la espada, sino procreando hijos espirituales por el poder de Su Espíritu actuando a través de Su Palabra. Nosotros somos las manos, los pies y la boca de Cristo en el mundo. Aparte de Su iglesia, Cristo no tiene otra ayuda idónea para llevar a cabo Su obra.

Es por medio de Sus iglesias locales que Cristo proclama, protege y ejemplifica Su verdad en el mundo. La iglesia es «columna y baluarte de la verdad», expresa Pablo en 1 Timoteo 3:15. Así como Adán tenía la obligación de proteger el huerto para que Satanás no lo infectara con sus mentiras y engaños, nosotros también, en unión con Cristo, tenemos la obligación de proteger la verdad de Dios

contra la herejía y el error. Pero eso no es suficiente. En el contexto de la membresía de una iglesia local, los creyentes deben cuidarse unos a otros «hablando la verdad en amor», de modo que «crezcamos en todos los aspectos en aquel que es la cabeza, es decir, Cristo, de quien todo el cuerpo (estando bien ajustado y unido por la cohesión que las coyunturas proveen), conforme al funcionamiento adecuado de cada miembro, produce el crecimiento del cuerpo para su propia edificación en amor» (Ef. 4:11-16). Es a través de ese proceso que somos progresivamente transformados a imagen de Cristo. Es así como la imagen divina es restaurada en nosotros.

De manera que somos parte de algo inmensamente mayor que lo que sucede cada domingo cuando la iglesia se congrega. Somos parte de una historia que comenzó en el Génesis y que culminará cuando toda la tierra sea llena de la gloria de Dios. Este planeta será un gran santuario donde el pecado no tendrá cabida nunca más. Donde cada ser humano reflejará íntegramente el carácter de Dios, y donde Él recibirá toda la gloria, la honra y la adoración de la cual solo Él es digno. Y entonces veremos asombrados cómo Dios llevó a cabo esa obra de redención que fue anunciada en el Jardín del Edén a través de la esposa de Cristo. Es decir, a través de miembros de iglesias locales, hombres y mujeres comunes y corrientes, que en dependencia del Espíritu Santo decidieron poner sus dones en operación, hablando la verdad en amor y predicando el evangelio a los perdidos.

Dios quiso revelarnos en Su Palabra el lugar que ha ocupado la iglesia en Su plan de redención desde el principio. Que conozcamos lo que esa iglesia será cuando estemos con Él en Su presencia. De ese modo, y a través de los ojos de la fe, seremos capaces de ver la iglesia como Él la ve, y amarla y apreciarla como Él la ama y aprecia. A pesar de los inconvenientes que muchas veces encontramos en medio de la

La iglesia: ayuda idónea del segundo Adán

iglesia, aun así es un enorme privilegio ser parte de la ayuda idónea del segundo Adán.

Dios quiere que anticipemos con gozo la llegada de las bodas del Cordero. En aquel día estaremos en la presencia de nuestro Señor y Salvador, sin mancha ni arruga, contemplando Su gloria y hermosura, en un estado infinitamente superior al que disfrutaban Adán y Eva en el paraíso antes de la caída. Contemplando la iglesia de ese modo, se acrecentará tu aprecio por ella. Pero lo que es mil veces más importante, es que se acrecentará tu aprecio por Aquel que se entregó para hacerla Suya. Es por eso que, en Apocalipsis 22:4, luego de describir la gloria futura de la iglesia y el entorno de la nueva Jerusalén, Juan nos señala que «ellos verán Su rostro» La esposa no centrará su atención en su propia hermosura, sino en la gloria de Su Salvador.

La novia no mira su vestido,
Sino el rostro de su novio amado;
No mira el cielo esplendoroso
Sino al Rey de gracia.
No la corona que Él da
Sino Sus manos traspasadas;
El Cordero es toda la gloria
De la tierra de Emanuel.³

3. Palabras originales de Anne Ross Cousin (1857), basadas en las cartas de Samuel Rutherford. Traducción libre del autor.